

EL PRIMER VOCABULARIO QUECHUA

POR RAÚL PORRAS BARRENECHEA

(*Director del Instituto de Historia de la Universidad Nacional
Mayor de San Marcos*)

El lenguaje y el mito son las primeras cristalizaciones del alma primitiva de un pueblo. Max Müller desarrolló la teoría de que el lenguaje y el mito eran como dos hermanos gemelos. En la mente primitiva es casi imposible separarlos porque son brotes de una misma raíz. El lenguaje es esencialmente metafórico. El hombre no acierta, ante el misterio del mundo, a descubrir las cosas directamente y recurre entonces al símil o a la metáfora. El lenguaje refleja, pues, las primeras impresiones del hombre; y las diferencias de signos y sonidos no son, según Humboldt, sino diferencias "de perspectivas cósmicas o de visiones del mundo". Además, cada lengua constituye su estructura y sus leyes fonéticas según su genio. Cada lenguaje, según Cassirer, escoge su sistema propio de fonemas y de sonidos distintos, buscando y seleccionando los sonidos físicos que le atraen, pero no al azar, sino siguiendo una pauta fonética, de rasgos coherentes y característicos. En el idioma está, pues, latente el genio del pueblo creador; y a través de su evolución, las huellas inmemoriales de su experiencia. "Las lenguas —dice por esto Max Müller— son los más antiguos monumentos que de los tiempos históricos nos han llegado".

Aunque el estudio del lenguaje en sus primeras manifestaciones, pertenece, en gran parte, a la antropología, es también fuente histórica apreciable, no obstante que no ha podido formularse reglas válidas sobre su evolución histórica. El análisis de las formas o modos de expresión vocal, con carácter simplemente descriptivo, puede, sin embargo, proporcionar informes sobre la historia evolutiva, porque hay formas de lenguaje más rudimentarias y primitivas que otras, y porque la extensión del vocabulario, la presencia o ausencia de términos abstractos y la escritura de la lengua, corresponden, en cierta forma, con el adelanto social. El vocabulario de un grupo humano es como un inventario de sus adelantos y adquisiciones culturales. "La falta de una palabra, dice Ihering, equivale a la falta de la cosa, como la existencia de la palabra prueba la de la cosa". Por esto adquiere tanta importancia el estudio de los primeros vocabularios de los pueblos indíge-

nas de América y ésta se acrecienta cuando estos fueron recogidos e impresos en la época más inmediata a la conquista, antes de que se realizaran las inevitables simbiosis y fenómenos de transculturación. El vocabulario, dice Vendryes, viene a ser un puente tendido entre la lingüística y la arqueología.

El estudio de los vocabularios puede servir no sólo para seguir la evolución fonética del lenguaje, sino para rastrear el origen del pueblo que habla una lengua, su estado social, sus principales nociones y elementos de cultura, el origen y significado de sus mitos, las relaciones con los pueblos vecinos y las áreas geográficas de distribución cultural.

Los primitivos vocabularios sobre lenguas indígenas del Perú han sido poco estudiados en nuestro país por la falta de difusión de los antiguos y rarísimos ejemplares bibliográficos que los contienen y que desaparecieron de nuestras bibliotecas republicanas. El examen minucioso de ellos puede llevarnos a aclarar muchos problemas históricos y etnológicos. A base de inducciones lingüísticas han brotado las principales hipótesis sobre la aparición y desenvolvimiento de los pueblos anteriores a los Incas. Del estudio geográfico de la difusión de las dos grandes familias lingüísticas —el quechua y el aymara— derivaron Riva Agüero y Uhle sus teorías quechuista y aymarista del imperio megalítico pre-incaico comprobado por la arqueología. De las mismas fuentes lingüísticas arrancan las interpretaciones cardinales de Rivet sobre el origen de los americanos, así como las de Latcham, Jijón Caamaño y Valcárcel sobre los primeros pobladores del Cuzco y las pugnaces interpretaciones de Tello sobre el origen arawaco o forestal de la cultura peruana, coordinadas con la arqueología.

El Runa - simi.

«Jorge Puccinelli Converso»

El primer carácter que observaron los españoles en relación con el lenguaje peruano primitivo fué el de una gran variedad o diversidad dentro de una tendencia unificadora. Se notaba, de pueblo a pueblo, o más bien de valle a valle, saltantes diferencias lingüísticas, pero fáciles de ser superadas por un parentesco etimológico y la analogía de la estructura gramatical. El padre Acosta dice de las lenguas que se hablaban en el Perú en el siglo XVI que pasaban de setecientas; Humboldt estimaba en algunas centenas las lenguas habladas en América y Rivery y Tschudi dan una cifra que oscila entre 280 y 340. Muchas de esas lenguas primitivas se han perdido, pero la mayor parte de las consideradas como lenguas por los cronistas eran solamente dialectos. Las Relaciones Geográficas, recogidas por los españoles en 1577, atestiguan esa diversidad de lenguas al mismo tiempo que la tendencia a la unificación. En Jauja cada repartimiento, de los tres que tenía ese valle, hablaba lengua diferente. Los Rucanas Antamarcas tenían, además de "la lengua general del Inga", una lengua propia antiquísima; y otras los Apocaraes y los Homapachas. Es indudable que a estas diversas lenguas, que acaso fueron restos de una lengua común, se sobrepuso el runa-simi o "lengua general del hombre" que los Incas impusieron a todas las regiones conquistadas desde Quito hasta Chile y Tucumán.

Los filólogos modernos discuten cual fué la lengua predominante antes de los Incas y esto ha dado lugar a cruda polémica entre quechuistas y aymaristas. Los primeros lingüistas aceptaron de plano la absoluta preponderancia del quechua. Max Uhle fué uno de los campeones del aymarismo histórico y lingüístico. Sostuvo que los Collas, de habla aymara, fueron los constructores de Tiahuanaco y que en el tiempo pre-incaico, se hablaba aymara en todo el Perú. En esa época el quechua era un dialecto insignificante. Posteriormente, a pesar de la conquista incaica, que lo suprimió y persiguió sistemáticamente, el aymara siguió hablándose en todo el sur del Perú, hasta Lima. Von Buchwald sostuvo también que el quechua fué un dialecto subordinado del aymara. Tschudi y Riva Agüero han defendido el quechuismo pre-incaico. Riva-Agüero aclaró que el aymara no comprendió nunca todo el Perú sino una zona occidental bien definida desde Arequipa hasta Copiapó. Fué una lengua de rama tiahuanacuense arcaica pero secundaria y periférica. El ídolo de la portada de Tiahuanaco fué una deidad quechua y la difusión del estilo tiahuanacuense coincide topográficamente con el de la lengua quechua. Los aymaras fueron no los constructores, sino los destructores de Tiahuanaco. En cuanto a la estructura de ambas lenguas no halla Riva-Agüero diferencia fundamental entre ellas. Son lenguas fraternas y no hay razón para afirmar que el aymara sea más arcaico. Markham y Tschudi confirmaron este parentesco. Middendorf asentó, más tarde, que el quechua y el aymara eran más desemejantes desde el punto de vista lingüístico. Las palabras comunes del vocabulario apenas alcanzan al 20 por ciento y se pueden explicar por préstamos mútuos entre ambos pueblos. Pero, en cambio, la fonética de ambas lenguas es muy semejante, y la gramática presenta grandes analogías.

La lengua quechua fué, según algunos, originaria de Andahuaylas, y, según otros, era la lengua que se hablaba en Paccaritambo. En las crónicas primitivas y hasta en Garcilaso, se le llama "lengua general" o *Runa simi*, pero los frailes lingüistas le dieron el nombre de lengua quechua, voz que significa zona templada. Esta lengua de tendencia aglutinante o polisintética, como las demás lenguas americanas, fué impuesta a todos los pueblos conquistados por Pachacutec y por Tupac Inca Yupanqui. Fué la lengua oficial del Imperio y como tal se sobrepuso en las denominaciones topográficas y geográficas. El *Runa-simi* debía aprenderse en todas las provincias anexas. Funcionarios o maestros especializados en esta lengua eran destacados en los pueblos sometidos para enseñarla y divulgarla. En los puestos principales se prefería a los que hablaban el *runa-simi*. Así la lengua del Cuzco se transformó en "la lengua general del Inca". La unificación no fué, sin embargo, completa. El *Runa-simi*, coexistió en muchas partes con los dialectos provinciales. Blas Valera dice: "cada provincia tiene su lengua particular diferente de las otras". Las Relaciones Geográficas establecen claramente que los indios, después de la conquista, hablaban el *Runa-simi* pero conservaban sus dialectos propios, a los que llamaban "huahuasimi" o "ahua-

simi", que quiere decir lengua fuera de la general que es la del Inca. Los Incas comprendían bajo la dominación de "ahuasimi" todos los dialectos del Imperio menos el quechua. Hablar en "ahuasimi" valía tanto como expresarse en lengua local no oficial. Para algunos significaba lengua primitiva o arcaica.

La unificación lingüística alcanzada por los Incas se perdió al faltar su rígida disciplina estatal. El padre Blas Valera refiere que, terminado el Incario, los pueblos de la costa norte, los de Cajamarca y Quito y los del Collao volvieron a sus antiguas lenguas.

El mapa lingüístico del Perú, al llegar los españoles en el siglo XVI, ha sido aclarado por Riva Agüero en su "Civilización Peruana". Pedro Benvenuto Murrieta lo fija en su libro "El Lenguaje Peruano" (Lima, 1936). El Runa-simi se hablaba en casi todo el Tahuantinsuyo, en las hoyas interandinas del Urubamba, del Apurímac, del Mantaro, del Marañón y del Huallaga, pudiéndose notar variaciones dialécticas y alteraciones fonéticas como las que dieron nombre al Huanca y al Chinchaysimi. Sin embargo, se podía entender fácilmente el lenguaje de las diversas provincias "porque todas las lenguas son allegadas al quechua" (Valera). Además del Runa-simi o del Chinchaysimi se hablaba el Aymara desde Huamanga hasta cerca de Tucumán, abarcando en algunos sectores hasta Canta y Yauyos; el Muchic y Yunga en la costa, desde Guayaquil hasta Lima, con sus dialectos, el Sec y el Quingnam; el Puquina hablado en el litoral de Atacama y en las riberas del Titicaca; la lengua cholona, hablada en la hoya del Huallaga y las diversas lenguas amazónicas con sus varios troncos lingüísticos, el arahuaco y el caribe.

Las características del quechua fueron aclaradas más tarde. Sus principales rasgos son: la falta de sustantivos para expresar lo colectivo, la ausencia de prefijos y abundancia de sufijos, la falta de artículo y género gramatical y la falencia de términos abstractos. El alfabeto quechua carece de seis letras del alfabeto latino y castellano que son: *b, d, f, g, j, x*, pero tiene, en cambio, otros sonidos que no pueden representarse sino por la combinación de dos o tres letras del alfabeto latino.

Gramáticas y Vocabularios.

La aprehensión de las lenguas indígenas por el conquistador fué lenta y difícil. En las primeras crónicas sólo se recogen muy pocas palabras, generalmente correspondientes a personajes o lugares, groseramente deformadas. Las primeras palabras comunes, que no se refieran a nombres propios o toponímicos, incorporadas en las crónicas de Sancha y de Estete, me parecen ser las de *inga, yunga* y *mamacona*. Los españoles están delante del *tambo* o de la *pucara*, están viendo la *mascapaicha*, y el *llauto* en la frente del Inca, ven pasar a los *chasquis* y tienen entre sus manos los *quipus*, pero no aciertan con los nombres de estas cosas y trastruecan arbitrariamente los nombres propios de personas y los geográficos. En la dificultad inicial de sorprender la fonética indígena los conquistadores recurren, como señal de su extrañeza, al símil

árabe o a la adaptación del ya asimilado léxico antillano. El cronista de la primera relación de los viajes de Pizarro dice que los pobladores de la costa incaica tenían "un habla como arábigo" y el Secretario de Pizarro Jerez llama mezquitas a las huacas incaicas. No pudiendo captar todavía los nombres de las cosas y los usos domésticos, trasplantan a la crónica y a la vida real las palabras antillanas o de las islas de Barlovento y llaman *maíz* a la planta nutricia del Imperio que los Incas llamaron *zara*, *chicha* a la bebida de los dioses y señores del Cuzco que éstos denominaban *acca*, *caciques* a los *curacas* y *areyto* a los *taquis* o cantos coreográficos incaicos. Los nombres propios de los Incas y de los pueblos son groseramente trastornados: Atahualpa se convierte en Atabaliba o Atabalipa, Huayna Cápac en Huayna Caba, Tomebamba en Tomepomba o Vilcaconga en Vilcaninca.

Los primeros en aprender las primeras voces quechuas son los soldados, probablemente de boca de los intérpretes indios Felipillo y Martinillo. Acaso si el primer quechuista sería Hernando de Aldana de quien se dice que intervino como intérprete entre Valverde y Atahualpa en el diálogo de Cajamarca. Entre otros conquistadores aprendices del quechua se menciona, además de Aldana, a Gómez de Caravantes, Francisco de Villacastín, Francisco de Orellana el descubridor del Amazonas y al futuro cronista Juan de Betanzos que escribiría en 1552 la *Suma y narración de los Incas*. Pero hasta 1555 es muy corto el caudal de palabras incorporado a las crónicas de Cieza o de Zárate. El descubridor del quechua fué, sin duda, el fraile dominico Domingo de Santo Tomás, quien fué, el maestro de Cieza en antigüedades indígenas y el autor de la primera Gramática y del primer vocabulario quechua publicados en Valladolid en 1560. Con ellos nace la lingüística quechua.

En la biografía de fray Domingo de Santo Tomás que precede a la edición facsimilar de su Gramática, reeditada por el Instituto de Historia, al mismo tiempo que este Vocabulario, en la ocasión centenaria de San Marcos, ha quedado definida la biografía y la labor evangélica y cultural de fray Domingo de Santo Tomás. Llegado en 1540, recogería los primeros trofeos lingüísticos obtenidos por los primeros frailes y conquistadores e iría acrecentando lentamente su botín, en sus andanzas evangélicas por el Perú. Aunque estuvo en el Cuzco y en el Collao, sus viajes y fundaciones fueron principalmente por la costa del Perú. Fundó los conventos de Chicama y de Chíncha donde residió largamente y llevó sus visitas misioneras a la región de Conchucos y de Huaylas. Su experiencia lingüística sería, pues, particularmente, la del lenguaje del Chinchaysuyu, el que según algunos cronistas y conquistadores se llamaría el *quichua*, sería originario de la Costa y se habría infiltrado antes de la época incaica a las regiones andinas del Sur. El propio Cieza afirma que en "los llanos" había muchos pueblos que nunca pudieron aprender la lengua del Cuzco. Fray Domingo escoge para su Gramática y vocabulario entre todas las lenguas que eran allegadas, la que él cree la más general y extendida por toda la tierra, y hablada tanto por los señores y gente principal como por los indios comunes. En sus interpretaciones fonéticas de las vocales quechuas, al preferir la e a la i y

la o a la u, como en *quichua* por *quechua*, *quilca* por *quelca*, *amaota* por *amauta*, *chaco* por *chacu*, *chonta* por *chunta*, y *ayllo* por *ayllu*, se descubre su inclinación por la pronunciación usada en la costa desde Quito hasta Lima. El Inca Garcilaso, que recogerá más tarde muchas de las lecciones y ordenaciones gramaticales de Fray Domingo, se burla acaso de él, donosa y discretamente, diciendo que conoció en Córdoba un religioso dominico que en el Perú había sido cuatro años catedrático de quechua y que no sabía, sin embargo, distinguir bien las diversas aspiraciones y contracciones vocales de "la lengua general del inga", como él llama, repudiando el nombre de "quichua".

Fray Domingo de Santo Tomás fué, de todas maneras, el iniciador de los estudios ahora llamados quechuistas y el que bautizó con el nombre moderno de quechua al runa-simi o lengua general del Inca o del Cuzco. Siguiéndole a él dijeron *quichua* todos los primeros lingüistas incluso González Holguín y Torres Rubio. Alonso de Huerta usó en 1616 la voz *quechua* que adoptaron más tarde los quechuistas republicanos con Pacheco Zegarra a la cabeza y tiende a transformarse en los filólogos modernos en *keswa*. En algunos estudios históricos como en el del General Alejandro J. Barco se ha apuntado la probabilidad de que el primer vocabulario de la lengua del Inca hubiese sido compuesto por el mercedario fray Martín de Victoria. Esta útil referencia, tomada de una crónica conventual y de una cita bibliográfica de Barcia, tiene, sin embargo, la vaguedad legendaria de las crónicas conventuales y carece, hasta ahora, de precisión cronológica. Entre los primeros quechuistas y particularmente de los estudiosos de la lengua yunga en sus diversas formas, deben citarse, seguramente, los nombres de los dominicos fray Benito de Jarandilla que sabía la lengua yunga y la de los indios pescadores de Chicama, fray Cristóbal de Castro, fray Melchor de los Reyes y fray Pedro de Aparicio que compuso un arte de la lengua del Chimu y el del presbítero Roque de Cejuela autor de un catecismo en lengua yunga y castellana del Perú, escrito antes de 1596. Lohmann ha revelado que el cura de Jayanca Alonso Núñez de San Pedro, escribió entre 1580 y 1595 otro catecismo en lengua norteña.

El valor histórico del Léxico o Vocabulario de Santo Tomás es sustantivo, por haberse recogido en época tan inmediata al imperio Incaico. En él hay todavía muy pocas palabras de origen español u occidental. No ha habido tiempo para el trasplante cultural sino de muy pocas palabras. Directamente del español acaso sólo aparece la palabra *cauallap camayoc* que equivale a caballero y *cavallop ocsota* por herradura y otros derivados de la palabra caballo. En otros vocablos se inicia la transculturación por la adaptación de nombres quechuas a ideas o elementos culturales europeos como al llamar *atun alco* o perro grande al mastín europeo, *cacymitta* o *cacypacha* a la cuaresma o tiempo de ayuno, *huañacpa conacuc* al albacea testamentario, *xuriachuri-gui* al verbo bautizar, *quillay* al hierro, adoptando una palabra indígena que significa metal, *quilca* al libro o papel, trasladando el concepto indígena de dibujo o pintura, y *viracocha* al español o cristiano.

No es posible hacer en este breve pórtico, destinado a presentar únicamente el Vocabulario, la labor de exégesis de los términos y vocablos incaicos que él contiene y que son expresivos del adelanto cultural de aquel pueblo. De paso, únicamente, cabe indicar las anotaciones más saltantes. El Léxico no es todo lo abundante y minucioso, por su carácter práctico, encaminado principalmente al uso de los evangelizadores. No está en él todo el riquísimo caudal de la lengua quechua y de sus múltiples matices y significaciones alegóricas que más tarde recogerían González Holguín y sus sucesores. Pero puede contarse con que las palabras mencionadas tienen su significación más antigua y directa y deben ser estimadas como el punto de arranque para cualquiera interpretación filológica.

No obstante su parsimonia en términos que no fueron los necesarios para la catequización, se pueden recoger del Léxico nociones sintéticas sobre las principales instituciones políticas y económicas de los Incas y sobre la organización general del Imperio. Si no hubiesen existido crónicas el Vocabulario nos habría informado de la existencia de una rígida organización jerárquica representada por el Inca o Inga, la coya o reina, y los infinitos *camayos* u oficiales imperiales. De las pocas palabras abstractas que trae el Léxico es la palabra *chapay* que significa jurisdicción y la palabra *collanan* que significa la cosa más principal en cualquier género. El amor al orden y a la autoridad estaría representado en palabras como *camachusca* que es "cosa ordenada o mandada" y en *Appop camachusca* que equivale a "edicto o mandato de gran señor". Destaca el instinto jerárquico innato de los Incas, por las palabras de acatamiento y cortesanía, el sentido del orden y del número manifestado en la gran cantidad de vocablos que expresan ideas de cantidad y de ordenamiento. Entre estas últimas aparece el verbo *yupani gui* que significa "empadronar o contar", —palabra síntesis del espíritu estadístico de los Incas— y otras que revelan su afán de simetría y su rechazo de lo excesivo y de lo desigual. *Yallisca* significa cosa excedida y *topo* es la medida que se debe a cada uno y también significa "dechado o ejemplar". Despréndese también del examen sumario de los vocablos el amor al trabajo del pueblo incaico, representado por los muchos términos significativos de oficios y artes y el desdén de los epítetos que señalan al negligente u holgazán (*nacama* o *atun songo*) y condenan la ociosidad (*camaynin*). El flojo es llamado *campa* o *quella*, la pereza *quellay*. El hombre trabajador, el arquetipo incaico es el jornalero o *atun runa*. Este sería el *checca songon* "un hombre verdadero".

Se hallan también en el vocabulario confirmaciones o aclaraciones del sentido que tuvieron inicialmente algunas de las instituciones incaicas más notables, interpretadas diversamente más tarde por los cronistas e historiadores. Así los nombres tan repetidos de *amauta*, *mitimae*, *llactacamayoc* y *tucuricoc*. *Amauta* o *amaota* —como dice Santo Tomás— no parece ser un cargo o función, como estimaron Garcilaso y Calancha, sino más bien un epíteto que significaba "hombre curioso, ingenioso o sabio o astuto". *Amactatin*, derivado de éste, significaba "astuta o ingeniosamente". González Holguín confirmará esto, más tarde in-

terpretando: "sabio, prudente, cuerdo". En 1560 fray Domingo nos instruye que los maestros o profesores eran llamados *yachachic*. *Yachachani* *gui* era enseñar y *yachapa* o *yachac capac* "hombre sabio". *Yuyac runa* era también sinónimo de hombre "cuerdo y prudente". Santo Tomás escribe *mithma* por el *mitin,ae* de los cronistas y dice que significa "forastero o extranjero que está de asiento". Forastero o extranjero se dice también *tiapococ*. Pero la palabra que conviene propiamente al desterrado o alejado de su patria o región es el de *llacta manta carcusca* que quiere decir "echado de su naturaleza". *Carcuynin* significa destierro, *carcuni* *gui* "desterrar como quiera" y *carcusca* desnaturalado de la tierra. *Llactacamayoc* significa "almotacen o guarda del pueblo". Santo Tomás escribe *tocricoq* y confirmando el dicho de los cronistas que dijeron "el que todo lo ve", lo traduce por "veedor", y también por "administrador de algún oficio".

Entre los funcionarios incaicos surgen algunos que no han sido mencionados hasta ahora en los estudios sobre instituciones jurídicas de los incas. Así el funcionario llamado *taripayac* que es censor o juez. El *apu suyochac* o capitán, el *upiachic* o ministro de la copa, el *llacta chapoc* o abogado del pueblo, el *taripayac* o censor y juez. Al juzgado se le llama *taripac guacin*, *taripayasca* a la cosa juzgada y la injusticia o arbitrariedad es *taripayasca*. La cárcel, a la que sólo aluden testimonios tardíos de crónicas e informaciones, es llamada *hochap guacin - aragua* o "cárcel para malhechores" y también *vimbilla*. En la escala de la organización social incaica se descubre algunas capas poco mencionadas como el *catu camayoc* o mercader, el *purun* o campesino; el *tiapococ* extraño o extranjero, y, en el último término de la escala social el esclavo o *pinas*, institución de cuya existencia en el incario se había dudado. El vocabulario agrega el *chaccapicac* o *cacharisca* "nombre propio de esclavo". Se pueden obtener también algunas deducciones sobre la organización social y económica y sobre la cultura y la moral de la vida incaica. La idea de la propiedad parece germinar en la palabra *chapac* o *yayana* que es "poseedor o señor de alguna cosa". Contra la idea mancionista de un imperio sin pobres ni menesterosos ni holgazanes ni ladrones, el vocabulario proporciona claros testimonios. Hay ricos y pobres, hambrientos y dadivosos. *Guaccha* es "pobre varón o mujer". *Guacchay* es "miseria o pobreza". *Yarecasca* es "hambriento"; *micuimanta guañusca* es "muerto de hambre" y *uscani* *gui* "pedir limosna". En cambio *appontouni* *gui* es enriquecerse; *rendeni* *gui* es comprar o vender y *guaccha pacoyac* es "liberal o franco con los pobres". En el imperio incaico, como en todas las naciones y pueblos del mundo, no pudo dejar de haber diferencias sociales y económicas y clases desvalidas o explotadas. En cuanto a los que violaban la rígida ley del trabajo incaico se ha visto ya que abundan los épiteos que los fustigan. Pero había también, como en todos los pueblos, amigos del bien ajeno. Mancio Serra, o mejor dicho el confesor de Mancio Serra, aseveró en el testamento de aquel, que los Incas tenían gobernados de tal manera a su imperio "que en todos ellos no había un solo ladrón, ni hombre vicioso, ni hombre holgazán, ni una mujer edúltera ni

mala ni se permitía entre ellos gente de mal vivir en lo moral". El vocabulario trae pródigos epítetos para los perezosos y holgazanes, consigna la palabra *guachos* que es adúltero, el verbo *ossachini gui* que es forzar mujer, *sinacasca* que es amancebamiento, *pampayruna* o *mita guarimi* que es ramera, *suani* que es hurtar y *suaccapa* que es ladrón. Y hay palabras que significan, injuriador, maldecidor, chismoso, envidioso, como las hay también sinónimas de caridad, clemencia y misericordia. El vicio o defecto señalado con más insistencia en los vocablos es el de la charlatanería, equiparado a la malicia, el engaño y la mentira.

Para la caracterización moral del hombre del incario pueden hallarse también notas que aclaren los apuntes psicológicos de los cronistas. El indio peruano fué alegre en los tiempos de Tupac Inca Yupanqui, como dijo Cieza. Pero hay en él un fondo de severidad y de tristeza. Su alegría es el gozo externo del *taqui* y de la fiesta estrepitosa. Abundan los vocablos relativos a danzas, coros y múltiples palabras para caracterizar la burla, el sarcasmo y la mordacidad. Hay varias palabras que indican la existencia de un tipo social de charlatán o gracioso, de bufón o truhán cortesano, encargado de hacer desvanecer el hieratismo de la clase superior o la tristeza sumisa del pueblo. Se le llama indistintamente *Saucapayac* o burlador, *misqui simiyoc* o gracioso, *inchuroc* que es lo mismo, *camicoc* o motejador, *acipayac* o burlador, *misqui simiyoc* o gracioso en hablar y *simi capa* balandrón o parlero. Y hay verbos que significan la acción de burlar, de engañar, motejar y holgarse. Y hay hasta uno despectivo, *cuchini gui* que equivale a "dar higas a la española". En el otro polo están las palabras que representan la cortesanía indígena: *lloncosca* que es acicalado, términos que indican reverencia y saludo y los sinónimos de tristeza o *llaquin* y sus derivados *llaquic*, triste, *llaquicoc* melancólico, *ñacaric* afligido y *puticoc*, hombre pensativo.

Cunow ha utilizado las numerosas palabras que expresan parentesco en los vocabularios indígenas. Ahí aparecen los nombres que indican el parentesco de sangre y de afinidad, las ideas del linaje y de antecesores (*ñaupaquen*) y hasta la idea de la bastardía *Ycu* o *xapsichuric*. Alguna idea como la de la dote matrimonial acaso sea trasplantada. Pero se desvanece la falacia del cronista que apuntó que no había palabras para señalar a los lejanos abuelos o a los nietos, con falta de sentido filial o familiar. *Auquilla* es abuelo o bisabuelo y *tari* o *chopollo* biznieto. Diversas palabras anuncian el culto de los muertos. *Aya* o *acoy* es cuerpo muerto, *Maytuni gui* amortajar, *pintona* o *maytona* mortaja, *maitusca* o *pintusca* "cosa envuelta o amortajada" o sea momia y, por último, en la palabra *corpachacunic gui* que significa "comer en mortuario", se halla un pintoresco antecedente del velorio criollo.

No sería acertado ir a buscar conceptos o noticias de prácticas religiosas gentiles en un vocabulario destinado a la catequización. Las palabras como las creencias son eliminadas. Los indios del Perú, dice Garcilaso, fueron poco especulativos y su lenguaje abarca muy pocos términos abstractos. En el vocabulario aparece algo dubitativamente la palabra *camaquenc* o *camayuín* o *songo*, definida por el evangelizador como "ánima por la cual vivimos". Podría hallarse atisbos de concep-

tos generales en ciertas palabras recogidas por el lingüista con la denominación adjetivada de la palabra cosa, como cosa tibia, cosa barata, cosa medida, cosa movable, cosa que vive (*caucasca*) o cosa perpetua (*viñapay*) que podrían considerarse en un camino hacia la abstracción como ideas de calor, valor, precio, movimiento, medida, vida o eternidad. De todos modos quedan huellas del sentimiento religioso de los antiguos peruanos y de algunos de sus principales ritos y supersticiones. La palabra *guaca*, centro de gravedad del culto incaico y de la arqueología moderna, es definida como "templo de ydolos, o el mismo ydolo". La ofrenda ritual es *arpasca*, el que la ofrece *arpaj*, el hechicero es llamado *homo* o *homocuc* y el que mata con hechizos *yscayo*, el gemidor o llorador *guacac capa* y el adivinador *musiac* o *musiac capa*. No se consigna la palabra *callpa*, pero sí *callpay* que significa "fuerza" y *callparicuni gui* que significa "agorar mirando los limanos o bofes de animales o aves".

Entre los términos que indican el desarrollo de la cultura incaica se ha mencionado ya el de los *yachachic* o maestros. Al lado de ellos debe colocarse en primer término a los *quilca camayos* pintores o escritores, los tenedores de los *quilca quippos* o contadores y los *quilcacta yachac* hombres leídos o que leen mucho" o sea la clase más ilustrada del Incario. Llamam la atención en el vocabulario de fray Domingo cuatro categorías de personajes no mencionados en ninguna reconstrucción de la vida cultural incaica: el *pacariscap villa* que es el "coronista" o historiador, el *pacha ponanchap* definido como el astrólogo de los movimientos, el *simi llactac* sabedor o intérprete de lenguas y el *taric* o "inventor de alguna cosa".

Otro capítulo importante para reconstruir el estado cultural del pueblo Inca es el relativo a los nombres que significan profesiones, artes y oficios, instrumentos y materias primas. Se mencionan el oro, la plata, el cobre, el estaño, el plomo, el azogue, la piedra labrada, el ladrillo, la piedra azufre y el barro de ollas o loza, llamado *saño*, o *sañu* base de la cerámica. Se menciona entre otros muchos obreros a los plateros, canteros, sastres, bordadores, cardadores, pescadores, etc. Entre los instrumentos figuran la *cuchona*, *hoce* o podadera, el *tome* o cuchillo, el ancla o *guambop charina*, el fuelle para soplar o *pucana*, el fiel de la balanza *tinquo quinc*, la *tacana* o mazo, la *villca* o bomba y la *taclla* o *yapana* que es arado indígena. Llamam la atención algunos términos arquitectónicos que contradecirían las opiniones existentes sobre la técnica constructiva de los indios. El cimiento del edificio es llamado *ticssio*, la piedra labrada *checosca*; *racani gui* es "edificar pared de piedra". Se habla de "estribos de edificio" o sean andamios, llamados *queme quis* y, lo que es más notable, de "arcos de edificios" *choco punga* y de bóvedas (*puytoc* o *machay guacin*). También hay naturalmente abundantes alusiones al arte de sembrar y cultivar la tierra, al de la cerámica con sus materiales e instrumentos, nombres de las diversas vajijas y ollas, útiles para la arqueología, referencias al arte de la mueblería, mencionándose la cama o *puñona* y la *tyana*, silla o asiento y mu-

chas otras referentes a utensilios domésticos, particularmente las relativas a la indumentaria, arreos y adornos femeninos y masculinos.

Las ciencias naturales pueden encontrar numerosos datos para el estudio del hombre y de los elementos físicos y naturales del Incaio. Los nombres geográficos indican las diversas zonas y productos naturales del Perú, a la vez que las divisiones políticas. Palabras tradicionales incorporados a la toponimia o al lenguaje peruano son las que indican accidentes geográficos, tales como *marca región* o pueblo, *llacta* lugar, *purum* despoblado, *rumi capa* pedregal, *guaylla* herbazal, *pucyo* manantial, *cochappa* costa de la mar, y *çacha çacha* floresta. Entre los productos de la tierra se mencionan la papa o *acsso*, la *çara* o maíz, el algodón o *uthio* llamado también *urco*, el *uchu* o pimienta de las Indias, la *chonta* o palma, el *çapailo* o calabaza, el *cachon* o pepino y entre otros el *cachap vicque* que por su definición de "goma o sudor de árbol" parece ser el caucho. Completan el cuadro de la historia natural los nombres de los animales característicos del Perú, entre los que pueden mencionarse el perro, la serpiente, la zorra (añas), el gato, la mona, la lechuza, la llama, el gallo o *guallpa* (?), el jabalí, el oso, el ratón, la araña, la paloma, la gaviota y el avestruz, y toda la fauna menor de insectos que terminan en el *piojo* o *ussa* y el gorgojo y la polilla, llamados *totta*. También la anatomía humana encuentra sus vocablos descriptivos en el vocabulario y muchos de ellos expresivos de una complaciente burla de los defectos físicos, como en *amlllo* falta de dientes, *chuccha çapa* melenudo, *acloy* tartamudo, *ana olla çapa* pecoso, *virpa çapa* bezudo de grandes labios o *vicso chaqui* el de los pies torpes.

Por último, acaso entre los vocablos más abundantes de este léxico están los que se refieren a la guerra y a los usos bélicos de los Incas. Los nombres relativos a armas, a formas de pelear, consignas de guerra, formas del triunfo e indumentaria militar, ocupan, quizás, un mayor espacio que los relativos a las tareas de paz. *Aucacona* es gente de guerra y *aucani gui* batallar o pelear. Las armas son lanzas (*chuqui*), ballesta (*guachi*), *picta* o arco, *chambi* o porra, *tocssina* o *tacaicona* o puñal y *vino* o "espada de palma que tenían los indios". Para pelear daban voces o alaridos que atronaban el aire, como relataron los cronistas-soldados, y el que daba las voces se llamaba *capari* y *caparisca* la voz de guerra. *Aucaconap caparisca* es el "alarido de los que pelean". Se usaban celadas de guerra o espías llamados *chapacona*. El alarde anterior a la batalla se decía *suyunacuni gui*. La bandera o estandarte era *ponancha*, *pullcana* la adarga y *siri casca* el campamento. Los vencidos eran perseguidos y, en contradicción con la versión apacible de Garcilaso, hay epítetos que indican que se asolaba y destruía a los vencidos y a sus poblaciones. *Collochini gui* o *purunyachini gui* significaba "asolar lo poblado" o "destrozar la gente de guerra". Los triunfadores eran premiados con una insignia de vencimiento que se llamaba *yacachuqui*.

No es posible analizar ni tengo especialidad para ello, las formas características de la ortografía o de la fonética quechua. La anotación

más saltante es la ya hecha sobre que en la dudosa pronunciación de la e y de la o, Fray Domingo se inclina a apuntar *i* y *u*. También transcribe generalmente la *c* por *g* como en *Inca* que resulta *inga*, y en *anca* o águila que resulta *anga*, y en *sonco* "corazón" que traduce por *songo* o *songon*. Fray Domingo anota también un defecto de pronunciación: el seseo que algunos creían exclusivamente hispánico y fué también indígena y se perpetúa particularmente en el castellano de la costa. Llama a este vicio *cazquiramani gui*, que es "sesear en el hablar", y al que lo posee *cazquicçapa* o "seseoso". La índole onomatopéyica del quechua, tan perceptible en vocabularios posteriores como el de González Holguín, aparece apenas representada en el *Vocabulario* de 1560 por la voz *acchicuynin* que significa "estornudo".

El *Vocabulario* de Fray Domingo de Santo Tomás sirvió de aprendizaje no sólo para evangelizar a los indios, sino también para captar su historia y la esencia de sus instituciones. En él aprendió Cieza, según propia confesión, las noticias que le sirvieron para escribir *El Señorío de los Incas*. En él se fundaron, acrecentándolo y continuando su tarea creadora, los subsiguientes vocabularios de Torres Rubio, Martínez Ormaechea, González Holguín y sus modernos continuadores. Por obra suya y de sus continuadores se incorporaron al castellano del Perú, y posteriormente al de América y España, algunos de los nombres que son trofeos culturales del pueblo incaico, como *papa*, *quinua*, *charqui*, *chirimoyo*, *zapallo*, *yuyo*, *coca*, *alpaca*, *vicuña*, *puma*, *guano*, *llama*, *pampa*, *cancha*, *carpa*, *chacara*, *tambo*, *quena*, *yaraví*, *inca*. Y hasta el regocijado y popular vocablo de *yapa* que Fray Domingo de Santo Tomás traduce como "añadidura" y que tiene tan hondo arraigo en el ánimo criollo. Del *Vocabulario* de Fray Domingo de Santo Tomás arranca el proceso creador de una cultura mestiza y la inserción del quechua en lo universal.